

**FORMACIÓN PERMANENTE
SEPARATA REUNIONES DE CONSAGRADAS MARZO – JUNIO 2019**

**ALGUNAS RESONANCIAS DESPUÉS DE
“Gaudete et exultate”
“El llamado a la santidad en el mundo actual”
Anexo: Presentación en Power Point**

Presentación:

Nos preparamos para nuestra XVII Asamblea General que se realizará en Bogotá del 29 de junio al 7 de julio de 2019, en el Centro de Espiritualidad Pedro Legaria. La mejor manera de disponernos es la oración, pedir al Espíritu Santo suscite en todos el deseo de ser fieles al llamado del Señor, vivir en obediencia a sus designios y encontrar la forma, siempre dinámica, de hacer vida nuestro Carisma Fundacional en el servicio a la Iglesia, según los signos de los tiempos. (Tomado de la Agenda Litúrgica y Bíblica 2019)

Por esa razón nos parece lo más oportuno dedicar las reuniones de Consagradas de los meses de marzo, abril, mayo y junio de 2019 para estudiar el texto completo del documento escrito por el P. Carlos Guillermo Álvarez, eudista que constituye el marco bíblico y del magisterio de la Iglesia para nuestra XVII Asamblea General.

REUNIÓN N° 1 MES DE MARZO DE 2019 REUNIÓN N° 2 MES DE MARZO DE 2019
--

INTRODUCCIÓN AL DOCUMENTO

Objetivo:

1. Conocer el contexto eclesial en el que surge el documento del Papa Francisco “Gaudete et exultate” “El llamado a la santidad en el mundo actual”.

La Exhortación apostólica del Papa Francisco aparece oficialmente el 19 de Marzo de 2018 y tiene el subtítulo de “El llamado a la santidad en el mundo actual”. Nuestro retiro en 2015 tuvo como título: “Llamados a ser los santos del siglo XXI”. Hay, pues, una relación especial entre los dos documentos, que nos permite confirmar cómo nuestro trabajo de formación y de acompañamiento se mueve en el mismo ambiente eclesial del momento.

1. Contexto eclesial en el que surge el documento

Leyendo la Exhortación y fijándonos en los documentos eclesiales a los que remite en nota, podemos descubrir lo que llamo “el contexto eclesial” en el que aparece este nuevo llamamiento a la santidad en el siglo actual. Desde lo más reciente a lo más lejano, encontramos:

- El Decreto “*Maiorem hanc dilectionem*” del 17 de Julio de 2017 sobre los procesos de beatificación y canonización en la Iglesia;
- La catequesis del Papa Francisco el 19 de Noviembre de 2014;
- La catequesis del Papa Benedicto XVI, el 13 de Abril de 2011, donde afirmó que “la santidad no es sino la caridad plenamente vivida”;
- La Exhortación de Juan Pablo II “*Novo millennio ineunte*” del 6 de Enero de 2001;
- La Exhortación “*Tertio millennio adveniente*” de Juan Pablo II (10 Nov. 1994);
- La Constitución dogmática “*Lumen gentium*” del Vaticano II del 21 de Noviembre de 1964.

Todo lo cual indica que en los últimos cincuenta años ha habido un movimiento eclesial que insiste en recuperar la vocación a la santidad, no en unos pocos miembros del Pueblo de Dios, sino en todos los creyentes. Y es Dios mismo el que va presionando a su Iglesia para que tome conciencia de esta vocación y se lance a la experiencia de encontrar caminos nuevos de santidad. Detengámonos un momento en los principales documentos.

La Constitución Lumen Gentium

Es el documento central del Concilio y en él se hace la presentación del “misterio de la Iglesia” en el plan de Dios. El esquema de los capítulos es diciente:

- 1- *El misterio de la Iglesia*
- 2- *El Pueblo de Dios*
- 3- *La Jerarquía*
- 4- *Los Laicos*
- 5- *La vocación universal a la santidad*
- 6- *Los religiosos*
- 7- *El carácter escatológico de la Iglesia*
- 8- *La Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia.*

Aunque en los números 9,11 y 12 hace hincapié en la vocación a la santidad (y son citados por el Papa Francisco en su Exhortación), es importante comprender el hecho de que le dedique un capítulo entero a esta realidad. En dicho capítulo encontramos:

- La vocación a la santidad. La Iglesia no puede dejar de ser santa porque Cristo la amó como su esposa y se entregó por ella para santificarla (Ef. 5,25-26). Todos en la Iglesia, entonces, están llamados a la santidad (1 Tes. 4,3; Ef. 1,4)
- Jesús, modelo de toda perfección. El predicó a sus discípulos que buscaran la santidad (Mat. 5,48). Por el bautismo los hizo hijos de Dios y los constituyó como santos que buscan la santidad en medio del mundo. Por eso todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor.

- La santidad en los diversos estados. En los diversos géneros de vida y ocupación todos cultivan la misma santidad: los pastores obispos, los presbíteros, los ministros, los laicos, los esposos y padres cristianos, los viudos y solteros, los oprimidos por la pobreza y los dolores, los perseguidos a causa de la justicia.
- El amor a Dios y a los hermanos es el sello del verdadero discípulo de Cristo y forma a los santos; pero la práctica de los consejos evangélicos es lo que fomenta la experiencia de santidad en la Iglesia. Por eso, repite de nuevo, todos los cristianos están llamados y obligados a tender a la santidad y a la perfección de su propio estado de vida.

La Carta apostólica “Novo millennio ineunte”

Por su parte, al iniciar el tercer milenio de la Iglesia, el Papa Juan Pablo II se pregunta con los discípulos del Nuevo Testamento: ¿Qué tenemos que hacer? Y la respuesta del Papa nos frece una planificación que tiene que volverse un “proyecto de vida eclesial” para este nuevo milenio. Este proyecto tiene siete puntos fundamentales: 1. La búsqueda de la santidad 2. La oración 3. La Eucaristía dominical. 4. El sacramento de la Reconciliación. 5. La primacía de la gracia. 6. La escucha de la Palabra. 7. El anuncio de la Palabra.

Esta búsqueda de la santidad no es un toque de espiritualidad para enriquecer la figura de la Iglesia sino “una dinámica intrínseca y determinante”: la Iglesia tiene que ser santa por ser la Esposa de Cristo y él es “el Santo de Dios”. *“Es, pues, una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial” (n. 31).*

Esto no significa que estemos exigiendo “unos genios de santidad” sino una santidad vivida en las circunstancias más sencillas de la vida. Para eso se necesita toda “una pedagogía de la santidad” que les permita a los creyentes realizar su vocación.

El Documento de Aparecida (2007)

El capítulo 4 del Documento se llama: “La vocación de los discípulos misioneros a la santidad” y lo desarrolla en cuatro momentos:

- Llamados al seguimiento de Jesucristo
- Configurados con el Maestro
- Enviados a anunciar el Evangelio del reino de vida
- Animados por el Espíritu Santo

Cada verbo del subtítulo tiene su sentido propio y orienta un proceso en la búsqueda de la santidad, que no es “una fuga hacia el intimismo o hacia el individualismo religioso, tampoco un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo y, mucho menos, una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual” (DA. 148). Por el contrario, dirá más tarde, “Todos los miembros del pueblo de Dios, según sus vocaciones específicas, estamos convocados a la santidad en la comunión y la misión” (DA. 163).

La catequesis del Papa Francisco sobre la vocación a la santidad (19 Nov. 2014)

Dedicó la catequesis semanal al tema de la vocación universal a la santidad y dijo, en primer lugar, que *“la santidad no es algo que nos procuramos nosotros, que obtenemos con nuestras cualidades y capacidades. La santidad es un don, es el don que nos da el Señor Jesús, cuando nos toma para sí y nos reviste de sí mismo, nos hace como Él. En la Carta a los Efesios, el apóstol Pablo afirma que «Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla» (Ef 5, 25-26)... Se comprende, entonces, que la santidad no es una prerrogativa sólo de algunos: la santidad es un don ofrecido a todos, ninguno excluido, por lo cual constituye el carácter distintivo de todo cristiano”*.

Ahora bien. La santidad es para todos ya que todos estamos llamados a ser santos: *“Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada sólo para quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicarse exclusivamente a la oración. Pero no es así... Es más, estamos llamados a ser santos precisamente viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio cristiano en las ocupaciones de cada día. Y cada uno en las condiciones y en el estado de vida en el que se encuentra... Siempre, en todo lugar se puede llegar a ser santo, es decir, podemos abrirnos a esta gracia que actúa dentro de nosotros y nos conduce a la santidad”*.

Y continúa, diciendo: *Sé santo siendo signo visible del amor de Dios y de su presencia junto a nosotros... Es esto: cada estado de vida conduce a la santidad, ¡siempre! En tu casa, por la calle, en el trabajo, en la Iglesia, en ese momento y en tu estado de vida se abrió el camino hacia la santidad. No os desalentéis al ir por este camino. Es precisamente Dios quien nos da la gracia. Sólo esto pide el Señor: que estemos en comunión con Él y al servicio de los hermanos”*.

Para concluir: *“Acojámosla (esta vocación) con alegría, y apoyémonos unos a otros, porque el camino hacia la santidad no se recorre solos, cada uno por su cuenta, sino que se recorre juntos, en ese único cuerpo que es la Iglesia, amada y santificada por el Señor Jesucristo. Sigamos adelante con valentía en esta senda de la santidad”*.

TEXTOS BÍBLICOS SOBRE LA VOCACIÓN A LA SANTIDAD.

Objetivo: El objetivo del Papa, al escribir la exhortación, es “*hacer resonar el llamado a la santidad, encarnándolo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades*” (n.2). Ese llamado divino está presente en la Escritura desde las primeras páginas, y el Papa Francisco va a Génesis 17,1, cuando el Señor se presenta al padre del pueblo, Abraham, y le dice: “*Camina en mi presencia y sé perfecto*” (n. 1).

2. Textos bíblicos sobre la vocación a la santidad.

Estamos reflexionando desde dos escritos, el folleto que publicamos en 2015 (“Llamados a ser los santos del siglo XXI”) como tema de nuestro retiro anual, y la Exhortación apostólica del Papa Francisco (“*Gaudete et exultate*”) de marzo de 2018. Más que una comparación, lo que se me ocurre es una integración y una ampliación para que el tema de la vocación a la santidad se vuelva más exigente y anime nuestro esfuerzo de los próximos años para dar una respuesta actual al plan de Dios sobre nosotros.

El objetivo del Papa, al escribir la exhortación, es “*hacer resonar el llamado a la santidad, encarnándolo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades*” (n.2).

Ese llamado divino está presente en la Escritura desde las primeras páginas, y Francisco va a Gen. 17,1, cuando el Señor se presenta al padre del pueblo, Abraham, y le dice: “*Camina en mi presencia y sé perfecto*” (n. 1). Nosotros habíamos partido del texto de Levítico, en el Código de santidad (Lev. 19,2), pero me parece interesante el planteamiento de Francisco, pues no parte de un contexto sacerdotal y cultural, sino de la raíz misma del pueblo como lo es el Patriarca Abraham. Por lo mismo, desde el comienzo mismo de la historia del pueblo encontramos el llamamiento a la santidad y la perfección. Y el esfuerzo que hacemos por lograrlo es “una búsqueda, un camino”, un compromiso de acción que nada tiene de pasividad.

Solo más tarde (n. 10), cuando recuerda el llamado a la santidad que Dios hace a cada uno, acude al Lev. 11,44-45: “*Porque Yo soy Yahvé, vuestro Dios, santificaos y sed santos, porque Yo soy santo...*”, y luego a 1 Ped. 1,16 con la exhortación a los recién bautizados: “*Así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta*”.

Concluye, entonces, con un principio fundamental: “*La voluntad de Dios es vuestra santificación*” (1 Tes. 4,3). La búsqueda de la santidad es la respuesta al proyecto maravilloso que Dios tiene para nosotros (n. 19).

Teniendo estos textos como base, el Papa se expone en la presentación de su pensamiento, apoyándose fundamentalmente en dos textos de san Mateo:

- Mateo 5,3-12 (y su paralelo en Luc. 6,20-23) : Las bienaventuranzas del reino de los cielos (n. 63-94),
- Mateo 25,31-46: la escena del juicio final, cuando el Hijo del hombre venga a juzgarnos a todos sobre el ejercicio de la misericordia (n. 95-108). Francisco lo llama “el gran protocolo” sobre el que seremos juzgados por el Maestro y Señor, y que no es otra cosa que la ampliación de la bienaventuranza sobre la misericordia.

3. Ser santo es vivir las bienaventuranzas.

El capítulo tercero de la Exhortación comienza diciendo que *“puede haber muchas teorías sobre lo que es la santidad, abundantes explicaciones y distinciones”* (n. 63), pero lo mejor es acudir a las palabras de Jesús. *Él explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas. (Ellas) son como el carnet de identidad del cristiano... en ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas”* (n. 63). Y agrega: *“La palabra “feliz o bienaventurado” pasa a ser sinónimo de “santo”, porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha”* (n. 64).

Se dedica, entonces, a explicar y actualizar las 8 bienaventuranzas de Mateo y, así como hizo en la Exhortación “*Evangelii gaudium*” con las siete tentaciones del evangelizador, ahora, en “*Gaudete et exultate*”, sintetiza en 8 slogans o estribillos el ejercicio de la santidad:

- *Ser pobre en el corazón, esto es santidad (n. 70)*
- *Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad (n. 74)*
- *Saber llorar con los demás, esto es santidad (n. 76)*
- *Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad (n. 79)*
- *Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad (n. 82)*
- *Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad (n. 86)*
- *Sembrar paz en nuestro alrededor, esto es santidad (n. 89)*
- *Aceptar cada día el camino del Evangelio, aunque nos traiga problemas, esto es santidad (n. 94).*

Pasa, luego, al texto de Mateo 25,35-46 y afirma que en los seis ejemplos propuestos por el Evangelio encontramos el protocolo por el que seremos juzgados e invita a leerlos y asumirlos *“sin comentario, sin elucubraciones y excusas que le quiten fuerza”*, porque *“la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias”*, pues la misericordia es *“el corazón palpitante del Evangelio”* (n. 97).

“Ser santos no significa blanquear los ojos en un supuesto éxtasis... Si verdaderamente hemos participado de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse” (n.96).

En este contexto, el Papa Francisco subraya dos daños que producen las ideologías en la comprensión del texto de Mateo 25:

- El de los cristianos que separan estas exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor, de la unión interior con Él, de su gracia (n. 100)
- El de los que sospechan del compromiso social de los demás, considerándolo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista. O lo relativizan como si hubiera otras cosas más importantes (n. 101).

Por lo tanto, “*el criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás. La oración es preciosa si alimenta la entrega cotidiana de amor*” (n. 104). “*La misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios. Ella es la llave del cielo*” (105)

REUNIÓN N° 5	MES DE MAYO DE 2019
REUNIÓN N° 6	MES DE MAYO DE 2019

ALGUNAS NOTAS DE LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL

Objetivo: Frente a cinco límites de la cultura actual, el Papa Francisco propone cinco actitudes de santidad:

1. Algunas notas de la santidad en el mundo actual.

Frente a cinco límites de la cultura actual, el Papa Francisco propone cinco actitudes de santidad:

Límites (n. 111)	Respuestas
1) Ansiedad nerviosa y violenta	1) Aguante, perseverancia (112-121)
2) Negatividad y tristeza	2) Alegría y sentido del humor (122-128)
3) Acedia cómoda	3) Audacia y fervor (123-139)
4) Individualismo	4) Comuni3n (140-146)
5) Falsa espiritualidad	5) Oraci3n constante (147-157)

Digamos una palabra sobre cada una de estas actitudes:

1) *Aguante, paciencia y mansedumbre. (112-121)*

Hay un término griego que sintetiza esta actitud: es la *Hypomoné*, o la capacidad de mantenerse firme en medio de las dificultades diarias o los problemas que aparecen y nos desbordan. Por eso el Papa Francisco dice que hay que “*estar centrado, firme en torno a Dios*”

que ama y que sostiene. Desde esta firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos” (n. 112). Y agrega: “A partir de tal solidez interior, el testimonio de santidad, en nuestro mundo acelerado, voluble y agresivo, está hecho de paciencia y constancia en el bien”,

La santidad a la que conduce esta actitud se expresa en:

- Superar el deseo de venganza contra todo aquel que nos ataca y responderle haciendo el bien (Rom. 12,17-21) n.113;
- Luchar permanentemente contra nuestras actitudes agresivas y egoístas, mediante la oración y la paz interior (Ef. 4,26; Fil 4,6-7) n. 114;
- Cuidar, no solo las palabras sino los escritos de internet para no caer en la difamación y la calumnia o descargar las furias y deseos de venganza (n. 115);
- Tener la capacidad de guardar silencio ante los defectos de los hermanos y evitar la violencia verbal que arrasa y maltrata a los demás (n. 116);
- No creerse mejores que los demás, tomando una actitud de juez ante ellos hasta humillarlos y darles lecciones (n. 117);
- Soportar y ofrecer algunas humillaciones que nos asemejen a Jesús (n. 118-121).

2) *Alegría y sentido del humor (122-128)*

Hay otro término griego al que podemos acudir para describir esta actitud: *Jará*, la alegría que proviene del Espíritu y da la seguridad de saberse amado (cfr. Rom. 14,17). Un santo no es un espíritu apocado, triston, agriado, melancólico o con un bajo perfil sin energía. Por el contrario *“el santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor” (cfr. Fil. 4,4)*. La alegría mesiánica anunciada por los profetas (Is.12,6; 40,9; 49,13; Zac. 9,9; Neh. 8,10) y que se manifestó en María (Luc. 1,47) y en Jesús (Luc. 10,21) lo mismo que en el pueblo que acogía el mensaje (Luc. 13,17; Hech. 8,8), es la misma que debe acompañar a los que creemos en Jesús (Jn. 16,20-22; 15,11) n. 122-124.

Esto no impide los momentos de sufrimiento y de cruz, que son normales en la vida humana. Pero la alegría cristiana *“es una seguridad interior, una serenidad esperanzada que brinda una satisfacción espiritual incomprensible para los parámetros humanos” (n. 125)*. Ella va acompañada del sentido del humor. El Señor *“nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados” (n. 126-127)*, con una alegría sana y abierta a los demás para ser capaces de alegrarse con todos y colaborar en la construcción de la comunidad (n. 128).

3) *Audacia y fervor. (123-139)*

El Papa mismo se encarga de asumir la palabra griega *parresía*, que aparece mucho en los comienzos de la Iglesia. *“Es la audacia, el empuje evangelizador que deja una marca en este*

mundo... es audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico... es la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás” (n. 129).

Refiriéndose a esta actitud, el Papa Francisco tiene una serie de afirmaciones importantes:

- *“El Señor nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros” (n. 130).*
- *“Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban, la audacia y el coraje apostólico son constitutivos de la misión” (n. 131).*
- *“Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros”(n. 133)*
- *“Como el profeta Jonás, siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas (n. 134).*
- *“Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras... Dios no tiene miedo. Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias. Él mismo se hizo periferia (cfr. Fil. 2,6-8; Jn. 1,14)” (n. 135).*
- *“La costumbre nos seduce y nos dice que no tiene sentido tratar de cambiar algo... pero dejemos que el Señor venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Desafiemos la costumbre, abramos bien los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado” (n. 137)*
- *“La Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestésica” (n. 138).*
- *“Pidamos el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida un museo de recuerdos... Dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado. De este modo, la Iglesia, en lugar de estancarse, podrá seguir adelante acogiendo las sorpresas del Señor” (n. 139).*

4) *En comunidad (140-146)*

Aquí el término griego que conviene es el de *koinonía*. Es dar y recibir para edificar la unidad que viene de Dios. “*perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior y sucumbimos... vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual*” (n. 140-141).

“*Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera*” (n. 142); pero no olvidemos que *la vida comunitaria está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos*” (n. 143) y es allí donde se expresa y se vive el amor para construir la unidad anhelada por el Señor.

5) *En oración constante (147-157)*

El último término griego que sintetiza esta actitud es *proseuchés*, la oración permanente, como dice Ef. 6,17: “Siempre en oración y súplica en el Espíritu Santo”. El Papa Francisco afirma que “*La santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas, suspira por Dios, sale de sí en alabanza y amplía los límites en la contemplación del Señor*” (n. 147).

Este es un párrafo que sintetiza claramente los diversos aspectos que seguirán después sobre la oración. Podemos ver, así, la insistencia

- En un espíritu de oración constante, procurando estar siempre en la presencia de Dios, como decía san Juan de la Cruz: “que ande siempre deseando a Dios y apegando a él su corazón” (n. 148)
- En momentos propios de oración, solo para Dios, en soledad con Él. “*La oración confiada es una reacción del corazón que se abre a Dios frente a frente, donde se hacen callar todos los rumores para escuchar la suave voz del Señor que resuena en el silencio*” (n. 149). “*Para todo discípulo es indispensable estar con el Maestro, escucharle, aprender de él, siempre aprender*” (n. 150)
- En contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado que recompone nuestra humanidad, nos sumerge en el fuego que inflama el corazón y en un silencio que llena de felicidad (n. 151-152)
- En la memoria de las acciones de Dios a favor nuestro. “*La memoria de las acciones de Dios está en la base de la experiencia de la alianza entre Dios y su pueblo*”. Por eso la oración está tejida de recuerdos: “*Mira tu historia cuando ores y en ella encontrarás tanta misericordia*” n. 153)
- En la súplica que es expresión del corazón que confía en Dios y del amor que se preocupa de los hermanos. Por eso la oración de intercesión será santificadora cuando nos permite vivir el doble mandamiento del amor que nos dejó el Señor (n.154).
- En la adoración que se da plenamente a Dios. “*No podemos dejar de adorarlo, a veces en un silencio lleno de admiración, o de cantarle en festiva alabanza*”(n. 155).

- En la lectura orante de la Palabra de Dios que nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino (n. 156).

- Y en la Eucaristía, donde el único Absoluto recibe la mayor adoración y Cristo mismo se ofrece por nosotros. Cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice su obra transformadora (n. 157).

REUNIÓN N° 7	MES DE JUNIO DE 2019
REUNIÓN N° 8	MES DE JUNIO DE 2019

MEDIOS DE SANTIFICACIÓN

Solo de paso, el Papa Francisco habla de ellos al comienzo (n. 2) y los enumera más tarde (n.110) pero no les dedica mayor espacio

Batallar y discernir. El último capítulo de la Exhortación está dedicado a dos temas, como conclusión de todo un proceso formativo.

Llegar a ser santo no es fácil: la vida cristiana es un combate permanente y se necesita un trabajo serio de discernimiento para saber orientar esta batalla. *“Se requieren fuerza y valentía para resistir a las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio”*, pero sabemos que el Señor quiere vencer en nuestra vida (n. 158).

1. Medios de santificación

Solo de paso, el Papa Francisco habla de ellos al comienzo (n. 2) y los enumera más tarde (n. 110) pero no les dedica mayor espacio. Estos medios son:

Los métodos de oración – la Eucaristía – la Reconciliación – la Ofrenda de sacrificios – las diversas formas de devoción – la Dirección espiritual – y muchos más.

Con todo, más tarde, casi al final de la Exhortación, vuelve a proponer una enumeración, que llama “las armas poderosas que nos da el Señor”: *“la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero”* (n. 162).

2. Batallar y discernir.

El último capítulo de la Exhortación está dedicado a dos temas, como conclusión de todo un proceso formativo. Llegar a ser santo no es fácil: la vida cristiana es un combate permanente y se necesita un trabajo serio de discernimiento para saber orientar esta batalla. *“Se requieren fuerza y valentía para resistir a las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio”*, pero sabemos que el Señor quiere vencer en nuestra vida (n. 158).

El combate y la vigilancia

En mi servicio pastoral de acompañamiento a muchos hermanos, he repetido siempre un principio orientador: **“Dios no nos pide siempre victorias; nos pide siempre batallas”**. Somos débiles, frágiles, de carne y hueso; somos “humus” (de ahí viene “humano”) y el primero que lo sabe es el Señor porque nos ha creado para Él. Por eso conoce nuestra debilidad y la asume; pero nos invita a luchar permanentemente para lograr nuestra realización, de acuerdo con su plan de amor.

El Papa Francisco está convencido de que nuestra lucha es

- *“Un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta, y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo;*
- *Una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones: la lujuria, la pereza, la envidia, los celos...*
- *Es también una lucha constante contra el diablo, que es “el príncipe del mal” (n. 159).*

En este contexto dedica dos párrafos a reflexionar sobre la realidad del “malo” (el maligno) y, apoyándose en el Evangelio y en Pablo VI (Catequesis del 15 de Nov. 1972), insiste en que *“no es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea, sino un ser personal que nos acosa y nos envenena (cfr. Mat 6,13; 1 Ped. 5,8; Ef. 6,11.16) con el odio, la tristeza, la envidia y los vicios” (n. 160-161).*

Y *“como nuestro camino hacia la santidad es una lucha constante” (n. 162)*, tenemos los medios de santificación que nos ayudan. *“En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal”; de otro modo viene la flojera, el poco esfuerzo y el sentimiento de derrota (n. 163).* Por eso *“hay que estar en vela, con las lámparas encendidas”, para no caer en el orgullo y la corrupción espiritual que se manifiestan en una ceguera cómoda y autosuficiente, donde todo termina pareciendo lícito (n. 164-165).*

El discernimiento

Como buen jesuita, Francisco insiste de nuevo en el trabajo de discernimiento. Ya lo había hecho en *Evangelii Gaudium* 44 y en *Amoris laetitia* 263-310, y dice aquí que *“el discernimiento no supone solamente una buena capacidad de razonar, o un sentido común; es un don que hay que pedir al Espíritu Santo”*. El discernimiento se pide, se recibe y se ejercita (n. 166).

Sabemos que *“somos libres, con la libertad de Jesucristo, pero él nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros –celos, angustias, temores, búsquedas- y lo que sucede fuera de nosotros –los signos de los tiempos- para reconocer los caminos de la libertad plena”* (n.168).

Aun sabiendo que es una gracia, el discernimiento no excluye los aportes de sabidurías humanas, existenciales, psicológicas, sociológicas o morales; pero las trasciende (n. 170). Pero *“requiere de una disposición para escuchar al Señor, a los demás, a las realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas”* (n. 172).

Una condición esencial es *“educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros”*; pero también una generosidad, que nos lleva a darlo todo para compartir la misión en el mundo (n. 174-175).

3. Dos sutiles enemigos de la santidad.

Aunque pertenece al capítulo segundo de la Exhortación, hemos dejado para el final el tema de dos herejías antiguas que han vuelto a surgir en la Iglesia. Para el Papa Francisco hay actualmente brotes de un nuevo gnosticismo y un neopelagianismo. Son dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino; dos herejías, dos propuestas engañosas, dos formas de seguridad doctrinal o disciplinaria que dan lugar a un elitismo narcisista y autoritario (n. 35).

1) El gnosticismo

El gnosticismo fue un movimiento filosófico y religioso que influyó mucho en los tres primeros siglos de la Iglesia, pero fue considerado como herejía por las consecuencias que traía. La gnosis o conocimiento es el punto central de su planteamiento. Según esta corriente, los hombres no se salvan por la fe en la redención de Cristo, sino por la gnosis o conocimiento introspectivo de lo divino, que es un conocimiento superior a la fe. Ni la sola fe ni la muerte de Cristo bastan para salvarse. El ser humano es autónomo para salvarse a sí mismo y esto lo logra por el conocimiento.

La gnosis es la forma suprema de conocimiento que lleva a poseer las verdades trascendentales, pero es solo accesible a “los iniciados”. Lo que importa en la vida es la gnosis; la praxis o acción es secundaria. En términos sencillos, lo fundamental es saber, no actuar. La gnosis, por influencia de los orígenes paganos, es dualista. Hay una división entre la materia y el espíritu. El mal y la perdición pertenecen a lo material; el bien y la salvación a lo espiritual.

Según esto, Jesucristo no puede ser de origen divino, porque es imposible la unión entre lo material y lo espiritual. Pero si es Dios, su cuerpo es aparente y su muerte una ficción. Eso mismo significa que el misterio de la Encarnación es imposible, lo mismo que la realidad de la muerte y resurrección del Señor.

Otra consecuencia es el establecimiento de jerarquías humanas. En la cima están “los iniciados”: ellos pueden experimentar la gnosis y acceder a la salvación. Por debajo está el resto de cristianos, en los que predomina el alma sensible, y que se pueden salvar siguiendo la guía de los iniciados. En la parte más baja están aquellos en los que predomina el cuerpo y nunca alcanzarán la salvación.

Los gnósticos de hoy juzgan a los demás según la capacidad que tengan de comprender la profundidad de determinadas doctrinas. Lo que mide la perfección no es el grado de caridad que tengan sino la cantidad de datos y conocimientos que acumulen. Y como no aceptan plenamente el misterio de la Encarnación, prefieren un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia y una Iglesia sin pueblo (n. 37).

Es un movimiento intelectualista, de una superficialidad vanidosa. Creen que con sus explicaciones pueden hacer perfectamente comprensible toda la fe y todo el Evangelio. Absolutizan sus propias teorías y obligan a los demás a someterse a los razonamientos que ellos usan. Reducen la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo (n. 39).

De este modo, los gnósticos actuales se vuelven orgullosos y fríos. Solo vale lo que ellos saben y son los poseedores de la verdad y la perfección. Creen tener respuestas para todo y acaban encerrando al mismo Dios en la seguridad de sus certezas. Se les olvida que Dios es libre y es capaz de habitar en lo más miserable y necesitado, gracias al misterio de la Encarnación. Se les olvida que nosotros llegamos a comprender muy pobremente la verdad que recibimos del Señor. Y en la Iglesia conviven lícitamente distintas maneras de interpretar muchos aspectos de la doctrina y la vida cristiana que ayudan a interpretar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra (n. 43). Además, lo que sabemos es para vivirlo: teología y santidad son inseparables.

2) *El neopelagianismo*

Para entender mejor el pelagianismo, hemos de ir al comienzo del siglo V d.C. Pelagio y Agustín son los actores principales.

Pelagio habitaba en Roma. Era teólogo conocido por los Papas del momento. Un hombre inteligente, de vida ascética exigente, reconocido por Agustín como “un hombre santo”. Provenía de una familia creyente y buena, había sido bien formado en la fe. Por eso, desde su propia vivencia, creía que el hombre había sido creado bueno por Dios y le bastaba desarrollar los valores recibidos para salvarse. El pecado estaba en seguir los malos ejemplos de Adán. Lo importante para el hombre es, entonces, la voluntad (“el libre albedrío”), que fortalecida por el ascetismo es suficiente para conseguir la virtud y la salvación. La gracia no es necesaria. La función de Cristo en la salvación es básicamente el ejemplo que dio con su vida. Así como Adán nos dio el mal ejemplo; así Cristo es el testimonio mejor de una vida verdadera. A él lo seguimos e imitamos.

Agustín, por su parte, fue un hombre que durante unos 36 años conoció y recorrió no solo el mundo filosófico del momento, sino también el mundo y la experiencia del pecado. Solo después conoció a Jesucristo y experimentó el regalo de la gracia y la misericordia. Su vida cambió radicalmente por la fe y el amor. Por eso, según Agustín, el hombre nace en el pecado (el pecado original), que proviene de Adán, y necesita la gracia del perdón y de la misericordia que nos vienen de Cristo. Todos necesitamos de la gracia y esta nos viene por Cristo, que nos libera del pecado original y nos permite vivir en el amor y para el amor.

Dos enseñanzas distintas, dos vivencias de origen diverso. Los dos, hombres de fe y de Iglesia. Pero Agustín defendía a Dios y Pelagio al hombre. En la discusión se fueron a extremos y Agustín ganó por defender a Dios; mientras Pelagio acabó siendo hereje. Si para los gnósticos lo importante es la inteligencia, para los pelagianos lo valioso está en la voluntad y el esfuerzo propio. Si los primeros se sienten sabios por lo que saben, los segundos se creen superiores por lo que viven y por cumplir determinadas normas. Los neopelagianos creen que alcanzan la salvación por las propias fuerzas y adoran la voluntad y la propia capacidad; lo que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista, sin amor. Todo esto lo manifiestan, según Francisco, en algunas actitudes:

- La obsesión por la ley,
- La fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas,
- La ostentación en el cuidado de la liturgia,
- El orgullo por la doctrina y el prestigio de la Iglesia,
- La vanagloria por la gestión de asuntos prácticos,
- El embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autoreferencial. (n.57)

El peligro está en pensar que todo depende del esfuerzo humano encausado por normas y estructuras eclesiales, de modo que complicamos el Evangelio y nos volvemos esclavos de un esquema que deja pocos resquicios para que la gracia actúe (n. 59).

Por todo esto, el Papa Francisco insiste: *“La falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros... La gracia, porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe... Ella actúa históricamente y nos toma y transforma de una forma progresiva”* (n. 50).

“Para poder ser perfectos, como a Él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia, envueltos en su gloria; nos hace falta caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas... Hemos dicho tantas veces que Dios habita en nosotros, pero es mejor decir que nosotros habitamos en él, que él nos permite vivir en su luz y en su amor... En él somos santificados” (n. 51).

CARLOS GUILLERMO ALVAREZ G., eudista
CONSEJO GENERAL AMPLIADO CON LAS TRES SECCIONES
Bogotá Junio 29-Julio 02, 2018